

El 13 de agosto de 2005 se celebró en la Isla de León la I Gran Quijanada que ha reunido a cerca de 200 Quijano de diferentes lugares; hombres y mujeres; maduros, jóvenes y chicos. Con pelo y sin pelo; con gafas y sin ellas, pero todos sonriendo.

El esfuerzo de algunos condujo al reencuentro (o al primer encuentro) de todos. En la Plaza del Carmen fueron cayendo, como fruta madura, uno tras otro. Saludos, abrazos, rostros de sorpresa. ¿Nos reconocíamos algunos después de años sin vernos?. El tiempo pasa pero, por un instante, parecía haberse detenido para que cada uno de nosotros tuviera tiempo suficiente para hacer pasar por su memoria recuerdos, imágenes, el pasado. ¿Cómo recordar físicamente a alguien a quien la última vez que tuviste delante únicamente habías crecido catorce años?. Y sin embargo, no podías dejar de sorprenderte cuando alguien te reconocía

“Tú eres... ¿verdad?”

Y claro, querías que la tierra te tragase porque ¿quién bendita persona era esa que no se daba cuenta que había pasado medio siglo y tú no la recordabas?

Cuando terminó la misa y salíamos hacia el patio del Liceo, le dije a mi hermana Fina:

“¿No ha venido Pablo? No lo he visto por aquí”

“Cómo que no, era el que estaba en el púlpito hablando”

Tierra trágame (por enésima vez). Si de algo estaba convencido era de que a Pablo sí que iba a reconocerlo. ¿El tiempo miente a nuestros recuerdos?

Miguelón seguía organizando todo como solo podía hacerlo alguien que sabe lo que hace, por qué lo hace y que, antes se lo tragaría la tierra que permitir que aquella reunión no fuese el éxito que ha sido.

Las salinas San Vicente fue un encuentro con mi pasado, uno más. Allí nuevos reencuentros y una frase que resume todo: “te acuerdas de La Carraca, aquello fue un paraíso”. Ni siquiera era una pregunta seguida por una afirmación. Era la seguridad de un sentimiento que muchos compartimos durante una época importante de nuestras vidas: alrededor de los diez años de edad.

¿Que la megafonía falló? Y qué puede ese aparato contra el vozarrón de Pablo, la constancia de Miguelón, poder leer nuestra historia en internet

(gracias, José, me gustó charlar un rato contigo). Además, lo imperfecto es lo que más se acerca a la perfección.

La despesca nos unió a todos contra el Levante, invitado gorrón que se coló de rondón sin acreditación que avalase su presencia entre nosotros. Hay fotos, todas las digitales intentando plasmar aquel momento que luego nos depararía una deliciosa y bulliciosa comida. Entre las fotos que hice, una de ellas muestra el esfuerzo del pescador sacando sus trofeos coleando, rebelándose, y el sudor, la fuerza, el trabajo bien hecho. Los gestos, una característica de ese día: cada rostro un gesto, una mirada, una sonrisa, una complicidad. Éramos nosotros y estábamos allí.

La tarde fue languideciendo con recuerdos y diplomas para lo más selecto de la reunión. Mientras nos alejábamos de las Salinas, con cada uno abandonaba aquel lugar un poco de nuestra historia, de nuestros recuerdos compartidos.

Como le he dicho a mis hijas: si alguna vez empiezo a olvidarme de esto, recordármelo, por favor.

Vicente Quijano Álvarez

Madrid, 20 de agosto de 2005